

AMERICA LATINA Y EL MUNDO

David Ibarra
12 de junio de 2013
El Universal

La recesión en Europa, la pausada recuperación de los Estados Unidos, la desaceleración de China y la India, ya afectan adversamente al desarrollo latinoamericano y crean dudas sobre la bondad de su inserción en el intercambio global. En efecto, la tasa de crecimiento regional ha caído del 5.9% en 2010 a 3.1% en 2012, agotando los márgenes de acción contracíclica que los países pudieron usar para atenuar el impacto de la crisis global de 2008. El caso de México no es distinto, el ritmo de crecimiento baja del 5.3% en 2010 al 3.9% en 2012 y sigue comprimiéndose en los meses sucesivos, a pesar del optimismo, asociado a las reformas anunciadas o instrumentado por el nuevo gobierno.

Esos acontecimientos son expresión de fenómenos de mayor envergadura que fragmentan, estancan, a los países y a la par abren brechas entre las políticas económicas y los alcances de la democracia a escala nacional y global. Como punto de partida, cabe hacer notar que los países dominantes encaran disensos internos que los llevan a suscribir estrategias difíciles de articular en soluciones colectivas a la crisis global.

En los Estados Unidos persiste viva contienda política entre quienes desean enmendar cuanto antes los déficit presupuestales --surgidos de los rescates a bancos e instituciones privadas-- con recortes al gasto social, sin aumento de impuestos. Y de otro lado, quienes se inclinan para gravar más a los pudientes, sostener el andamiaje de la seguridad social y combatir el desempleo. En cualquier caso, las verdaderas prelaiones operativas estadounidenses siguen fieles a la rehabilitación del sector financiero --en tanto eje de la economía--, al

sostenimiento con el menor deterioro posible de la hegemonía norteamericana en el mundo y a la reanimación industrial del país.

Europa espera las elecciones alemanas del próximo otoño para despejar caminos sobre las reformas --bancaria, fiscal-- y sobre la orientación de las políticas comunitarias en favor del crecimiento. Entretanto, sigue vivo el combate a la depresión por la vía de la austeridad --menos salarios, empleo y gasto público-- esto es, favorecedora de la devaluación social interna de los países. Tal enfoque afianza el predominio de Alemania como centro industrial indisputado de la región y como exportador de tamaño universal, aunque divida a Europa en un Norte relativamente próspero y un Sur que desciende en la pobreza con destrucción de sus estados benefactores. Japón lucha contra una deflación casi crónica con la combinación de políticas monetarias y fiscales en extremo activistas que rompen los últimos reductos de la ortodoxia del orden económico neoliberal. China, por su lado, se esfuerza por conservar altos ritmos de desarrollo, no sólo mediante ahorros y formación de capital elevados, sino a través de un ambicioso programa de sustitución de importaciones centrado en el impulso a las industrias pesadas y a las de avanzada tecnología que necesariamente afectará a los principales exportadores actuales de esos productos (Estados Unidos y Alemania) y que le permitirán sostener amplios superávits en la balanza de pagos, no exportando más, sino importando menos.

A ello se añaden tensiones que aceleran la obsolescencia del orden económico y político neoliberal. Ahí está el fortalecimiento de las zonas de influencias privilegiadas de las potencias líderes, manifiesta en la proliferación de tratados bilaterales y regionales que restan alcances al libre comercio universal. Ahí están también los disturbios que desestabilizan al Norte de África,

al Medio Oriente y a más y más países europeos, reflejo de intereses encontrados que, además, descuidan la preservación de las instituciones democráticas.

La revisión sumaria de la diversidad de visiones y problemas tanto de los países líderes de la economía mundial como de otras latitudes, pone de relieve la multiplicidad de los enfoques adoptados para encarar la crisis global y la dificultad de encontrar espacios comunes para la remodelación con crecimiento del orden económico del mundo.

Hay incertidumbre en el entorno global que se añade a la defectuosa inserción latinoamericana en la economía internacional. Presiones externas y dificultades internas --inflación, desequilibrios fiscales-- llevaron a suscribir casi sin excepción en América Latina el modelo de desarrollo hacia afuera desde los setentas o inicios de los ochentas del siglo pasado. La apertura externa y el menor activismo estatal casi siempre se llevaron a cabo a costa o con descuido de la industrialización, del mercado de trabajo, y con la aceptación de desajustes de pagos. En los treinta y dos años que median entre 1980 y 2012, América Latina registró déficit sistemáticos en la balanza regional de pagos, si se exceptúa el quinquenio 2003-2007 cuando se dan los efectos combinados del auge de la demanda mundial de materias primas y de las ventas asociadas al Tratado de Libre Comercio de América del Norte.

Sin embargo, la crisis internacional ha puesto de relieve las debilidades y vulnerabilidades del modelo exportador de crecimiento. El receso generalizado de la demanda de los países líderes de Occidente es causa de la contracción del comercio mundial que se trasmina a todas las latitudes. En 2012, las exportaciones de la región latinoamericana apenas subieron 1.4%, mientras el producto pudo hacerlo con grandes esfuerzos y sólo transitoriamente al 3.1%. Además, en materia de financiamiento, la inversión extranjera directa tiende a

menguar, mientras los flujos de ingreso --y ahora de egreso-- son mayoritariamente capitales golondrinos volátiles.

Por esos y otros factores, la tasa de crecimiento latinoamericano pasó del 5.3% al 3.2% de compararse los periodos 1950-1973 y 1973-2012. Compañeros inseparables del menor dinamismo económico, son fuertes presiones migratorias y el ascenso del trabajo informal como expresión de la debilidad de la demanda de trabajadores del sector moderno de las economías. A título ilustrativo, obsérvese que el desempleo urbano con oscilaciones y divergencias entre países se sitúa alrededor del 10% y que el empleo en sectores de baja productividad (informalidad) absorbe entre el 35% y el 40% de la fuerza de trabajo (60% en México) de América Latina.

En términos estructurales, un buen número de países sobre todo los que disponen de abundantes recursos naturales y mineros, regresaron a la exportación de productos primarios, pese a experiencias históricas desfavorables con abandono parcial de los esquemas integracionistas. Al efecto, la especialización en la venta de materias primas puede producir auges temporales --ahora asociados a la demanda del Sudeste Asiático-- pero a la larga suelen tener poco dinamismo, quedar sujeta a fluctuaciones altas de demanda o precios y tener efectos limitados en la absorción del avance tecnológico mundial. El otro gran segmento de naciones latinoamericanas buscó centrar esfuerzos en la exportación de maquilas manufacturadas (México y Centroamérica). En estos casos, la diversificación de los bienes exportables es mayor. Con todo, con pocas excepciones, los valores agregados resultan bajos y escasa la incorporación de adelantos tecnológicos. Hay ganancias en el empleo directo, pero desconexión en las cadenas productivas que impiden hacer de la exportación el motor del crecimiento de las economías.

En suma, la incorporación latinoamericana no está situada en los segmentos más dinámicos y prometedores de la economía global. La crisis mundial y las deficiencias de inserción en las redes económicas internacionales, a la par de causar desestabilización, pronto forzarán a América Latina a recurrir como en antaño al endeudamiento externo en aras de preservar tasas mínimas de crecimiento, a menos, claro, que se tenga el atrevimiento de reformar a fondo la estrategia de desarrollo heredada del neoliberalismo.